

río; todo el mundo lo conoce, pero se fingen temores, y se trata de tomar precauciones contra ese peligro quimérico, para ocultar bajo este vano pretexto designios mas profundos. No es la potestad temporal de los Papas la que se teme, es su autoridad espiritual la que se quiere invadir. La codicia ciega de los príncipes, la secreta fermentacion del orgullo, el indomable deseo de la independéncia, estas son las causas activas, que abortan incesantemente tantos sistemas sediciosos y tantas empresas violentas contra la Silla Apostólica. Por donde quiera exista entre los hombres un cierto orden, del que resulte de una parte el derecho de mandar, y de otra la obligacion de obedecer, estemos seguros, que habrá en los inferiores una secreta inclinacion á trastornarlo, y estémolo tambien, que si se saben aprovechar á tiempo algunos hombres exaltados de esta desgraciada inclinacion, y excitarla y acalararla, se verán cimas en la Iglesia y revoluciones en el Estado. Este es el choque que, teniéndola á esta inesantemente suspensa, la impide dormirse, reanima su energía y es caso necesario á su conversion, segun aquella profunda expresion del libro, en donde se encuentra toda verdad: *Oportet et hæreses esse*.

»Grande fué como se ha visto el poder de los Papas en la Edad Media, y su influencia en los reinos cristianos, que produjo los mas saludables frutos, que aparentan desconocer los enemigos del Papado, y séanos permitido decir para terminar este asunto, que los enemigos de la potestad temporal de los Papas lo son tambien de la potestad espiritual. Hoy que la guerra se dirige principalmente al poder que compete al Soberano Pontífice como Señor de sus Estados, se han hecho brillantísimas defensas en favor de la mas justa de las causas, porque está en la conciencia de todos los hombres honrados y de buen criterio que la causa del Papa es la causa del orden, de la verdad y de la justicia.

»Ahora, antes de pasar á otro asunto pudiéramos demostrar que si bien la Edad Media puede ser llamada la época de la ignorancia, principalmente en el siglo X y en los principios del XI, época tratada con la mayor dureza por la mayoría de los escritores, hubo grandes hombres adornados de exquisito talento, y vasta ilustracion, inaccesibles á la incuria y á los desórdenes de su tiempo, y que fueron suscitados por la Providencia para descubrir

y combatir las supercherías de los novadores, y para ser defensores de la verdad, al mismo tiempo que conservadores de las ciencias. No hay justicia, pues, en maltratar al modo que algunos lo hacen á aquella época, sin tener en cuenta que todo en ella no fué ignorancia, y que uno solo de los hombres que entónces se distinguieron valia tanto como muchos de los tiempos modernos.

»Ya en el siglo VIII merecieron grandes elogios San Juan Damasceno, azote de los iconoclastas, el venerable Beda y los famosos historiadores Fredegario y Pablo, diácono de Aquileya, sin hablar de otros no menos notables. En el siglo IX encontramos grandes figuras tales como el abad Alcuino, que supo dirigir á Carlo-Magno en la obra meritoria de la restauracion de las letras: Agobarda y Amolon de Lion, que combatieron con felices resultados los errores de sus contemporáneos: Jonás de Orleans, que compuso un erudito tratado contra Claudio de Turin. Tambien debemos notar aquí á un Hincmaro de Reims, cuya vasta erudicion tanto temian los enemigos de la verdad católica: las obras que produjeron Ratramno de Orbais, Rabano de Maguncia y Pascasio Ratberto, son preciosos monumentos que nos revelan que del foco mismo de la oscuridad y de la ignorancia, salian luces suficientes para iluminar el mundo. Basta con los nombres que acabamos de citar, pues no nos hemos propuesto formar un detallado catálogo que nos haria ser difusos en demasia. ¿Y por ventura no hubo tambien sublimes ingenios en el siglo X, y en los principios del XI, ó lo que es lo mismo en la época tachada de mas ignorancia por muchos escritores? Recuérdense los nombres que hemos citado en la historia de esos siglos, y se verá que tambien hubo estrellas resplandecientes á través de las grandes tinieblas de aquella época. A aquellos nombres podremos añadir ahora el de Simon Metafrasto, que no tuvo rival en el arte inimitable de los griegos para las narraciones, si bien tengamos que censurar en él el que hubiese abusado de su ingenio para sacrificar la verdad histórica arreglándola á sus ideas particulares. Leon VI, el filósofo, se hizo digno de eterna memoria, por sus sabios discursos nutridos de elocuencia: por último, se hicieron acreedores á los elogios de la posteridad Lanframo de Cantorberi, notable por la delicadeza de

su dialéctica, Velcelrico de Augsburgo, que trató con el mejor criterio la cuestión del celibato de los clérigos, Abdon de Fleury, Oton de Vercelli y otros muchos.

»Después de todos estos apareció el gran Pontífice San Gregorio, hombre de vastos conocimientos, de suma prudencia, y de un talento inimitable, que supo llevar á cabo la obra gigantesca de la reforma, concluyendo con los perniciosos abusos que habían llegado á arraigarse, vindicando el honor de la Iglesia y restableciéndola en la posesión de sus inalienables derechos.»

Con razón se ha dicho que San Gregorio VII debe ser considerado como el más grande y el más heroico de los papas y que oscureció el renombre así de los monarcas más célebres antiguos y modernos, como el de los conquistadores más gloriosos. ¿Quién podría no ya referir, sino recordar tan solo sus memorables hechos, á no destinar á semejante tarea muchos volúmenes? Apenas elegido en 22 de Abril de 1073, después de haberse resistido á aceptar sobre sus hombros la pesada carga del pontificado, cuando se hubo resignado á ello, formó desde luego la resolución de reformar la cristiandad y reivindicar la libertad de la Iglesia. Ataca con mano fuerte la corrupción, la simonía, el concubinato y el predominio de los señores seculares sobre la Iglesia; obtiene señaladas victorias en Francia sobre Felipe I y en España sobre Alfonso VI y los sarracenos, acaba en Inglaterra con las dudas y discordias entre el clero y el pueblo y hace respetar la Sede Apostólica en Dinamarca, Suecia y Noruega, Polonia, Hungría y Rusia. Extiende sus cuidados á la Iglesia griega que vacilaba en la fe y al imperio oriental destrozado por los turcos. Llama á Roma á Desiderio de Montecassino y se rodea de otros personajes ilustres. Al ver á Enrique IV obstinado en la senda del mal, tras de la suavidad y la dulzura, dispónese á emplear la severidad, pero juzgando oportuno pacificar antes la Italia, marcha á Cápua, exhorta á Rodolfo de Suabia y luego á Beatriz y á Matilde á procurar la paz con la Iglesia y con el imperio; amonesta á algunos obispos que con Anselmo de Luca habían recibido del rey la investidura, aceptando de él el anillo y el báculo; exhorta á la Cerdeña á volver á la fidelidad de la Santa Sede; escribe cartas para unir los esfuerzos de los príncipes y de los obispos á fin de atajar la corrupción

de costumbres que había ocasionado el partido germánico, y de regreso á Cápua, dirige cargos y amonestaciones á Roelino, obispo de Chalons y confidente del rey de Francia, sobre la conducta de éste que vendía los bienes y dignidades de la Iglesia, y en igual sentido escribe directamente al monarca y á los obispos de aquel país.

«Enrique, dice monseñor Tripepi, oprimía la Sajonia y el resto de Alemania, y el pontífice escribió nuevamente á los obispos y á los príncipes para que se suspendieran las hostilidades y se hiciese justicia. Exhortó á verificar una cruzada que uniese á los soberanos de Occidente, reconquistase para la fe y devolviese la paz al Oriente y restableciera la unidad de religión entre los griegos y los armenios. Celebró varios concilios contra la simonía y la incontinencia, y en uno de ellos, celebrado el 1074, excomulgó á Roberto y á los normandos que habían invadido las tierras de la Iglesia. Por medio de cartas y de legados animaba á los buenos obispos, estimulaba á los negligentes y amenazaba á los malos, dominando la simonía y la incontinencia en Alemania, en Francia y en Italia y demostrando la mayor caridad con Enrique IV al dirigirse á él para invitarle á la cruzada. Con Hugo, abad de Cluni, y con otros, desahogaba su corazón de la profunda pena que le causaba ver oprimida la Iglesia, y cuando perdió la esperanza de llevar las cosas por buen camino con la persuasión y la dulzura, en el concilio de 24 de Febrero de 1075 condenó las *investiduras*, servidumbre de la Iglesia, y depuso á los obispos indignos de sus cargos. El ambicioso Guiberto, arzobispo de Rávena, el romano Cencio, á quien el papa había absuelto y colmado de beneficios, Enrique IV y Roberto Guiscardo, conjuráronse entonces contra el pontífice, quien en la noche de Navidad y hallándose en el altar de la Basílica de Santa María la Mayor, fué atropellado, herido en la frente y llevado á una torre. Roma entera se levanta como un solo hombre á poner en libertad al papa. Cencio vencido y preso, es condenado por el magnánimo San Gregorio solo á que vaya en peregrinación á Jerusalem, mas prefiere huir á refugiarse junto á Enrique IV, mientras el pueblo romano aclamaba con entusiasmo á su pontífice.

»Muerto Annon y rechazados los sajones, Enrique dirige nue-

vos y furiosos ataques á la Iglesia y al Papa, unido á Tebaldo, á los obispos lombardos y al impío cardenal Hugo Cándido, y nombra sucesor de Annon, en la diócesis de Colonia, al sórdido Ildolfo. El Pontífice cita á Enrique á Roma y éste le opone un conciliábulo en Worms y otro en Pavía.» Sigue monseñor Tripepi exponiendo los hechos que dieron lugar á la escena de Canosa y que, con mas pormenores, se han referido ya, y continúa: «Enrique, partido de Canosa, volvió á la senda del mal, trató de apoderarse del papa y se negó á intervenir en las dietas de Augsburgo y de Forschein. Entonces príncipes y pueblo quisieron sustituirle por Rodolfo de Suabia, pero el magnánimo San Gregorio VII le defendió nuevamente y difirió su deposición, no obstante los clamores de los sajones, esperando que al fin se haría la paz, hasta que, perdida toda ilusión, depuso al impío monarca en un concilio del año 1080. Opusieronle el conciliábulo de Brixen, el antipapa Clemente III y numerosos ejércitos de cismáticos; mas él, en un octavo y en un noveno concilios, renovó sus justos anatemas. Sitiado en Roma muchas veces, encerrado en el castillo de San Angelo y libertado por Guiscardo, salvó á su vez del incendio á la Ciudad Eterna, que hubo de abandonar luego, mientras la heroica condesa Matilde destrozaba el ejército de Enrique. Y por fin, desterrado en Salerno, consoló y dió ánimo á los cardenales, indicó á petición de estos los nombres de tres á quienes creía dignos de sucederle y que luego fueron canónicamente elegidos, absolvió á todos, menos á Enrique, al antipapa Guiberto y á los obstinados cómplices de sus delitos y pronunciando las sublimes palabras: «He amado la justicia y he odiado la iniquidad: por eso muero en el destierro,» pasó de esta vida, el 25 de mayo de 1085.»

Tal fué el ilustre San Gregorio VII, sobre quien se han escrito innumerables volúmenes, y al cual vióse obligado á tributar alabanzas el mismo Voltaire. Los restos mortales de tan pura gloria del Pontificado recibieron sepultura en la iglesia de San Mateo, en Salerno. Gregorio XIII le concedió los honores de los altares y Benedicto XIII, posteriormente, confirmó y amplió tan justo acuerdo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE DEL TOMO II.

	<u>Páginas.</u>
<i>Libro II.</i> —LOS PAPAS Y LOS BÁRBAROS.—SUMARIO.— Los papas anteriores á la época de las irrupciones.—Juliano el Apóstata.—Nuevos triunfos de la Iglesia.—Destrucción del imperio de Occidente.—Carácter providencial de la invasión bárbara.—Sus progresos.—Triunfo del cristianismo sobre los bárbaros.—San Leon el Grande.—Beneficios que se deben al pontificado en esta época..	7
I.	7
II.	11
III.	49
IV.	86
V.	120
VI.	160
VII.	175
<i>Libro III.</i> —LOS PAPAS, LOS MUSULMANES Y EL FEUDALISMO.—SUMARIO.—El imperio de Oriente.—Division del Occidente entre los bárbaros.—Los pontífices hasta San Gregorio Magno.—Heregias.—Mahoma.—Pipino el Breve y Esteban III.—Origen y consolidación del poder temporal de los papas.—Adriano I, Leon III y Carlo-Magno.—Comienza la preponderancia del poder pontificio.—Leon IV y los musulmanes.—Leon V, Pascual II y Gregorio IV y Ludovico Pio.—Cisma de Focio.—Nicolás IV y el rey Luis II.—Oton el Grande.—Silvestre II.	183
I.	183
II.	189
III.	194
IV.	196
V.	200
VI.	202
VII.	209
VIII.	227
IX.	243
X.	250